LA DANZA DE LOS MURCIÉLAGOS

OSCAR ALONSO ÁLVAREZ

*Los hombres cuerdos que practican la cordura
como una obsesión, no pueden comprender la locura.*

Ramón Gómez de la Serna

*La ciencia no nos ha enseñado aún si
la locura es o no lo más sublime de la inteligencia.*

Edgar Allan Poe

Conocí a Julián Valdivieso un martes por la tarde en los alrededores de La Casa de Campo. Él estaba posado con displicencia sobre los restos de un viejo cable de teléfonos y, francamente, al principio su descuidado aspecto de alimaña desvalida, no me resultó muy amistoso. Yo había ido a dar allí por casualidad y lo último que esperaba al aparcar mi coche junto a la cuneta para orinar, era mirar hacia arriba y encontrarme a cinco metros de altura el cuerpo remiso de un hombre austeramente plegado sobre sí mismo como un gorrión, mirándome. Después de unos segundos de desconcierto inicial, en los que ninguno de los dos acertó a decir nada, me hizo gestos nerviosos con la mano para que subiera a su atalaya o me largara porque le estaba espantando la caza.

Nunca antes me había encontrado con nadie posado tranquilamente sobre un cable como un funambulista sin público; ni había sido testigo de esa destreza para esquivar los designios de la gravedad como quien se remueve bajo las sábanas para retomar un último sueño;

y por supuesto, nunca antes en mi vida me había topado con un hombre con alas. Así que, por si acaso, obedecí con el fervor de un monaguillo. Mi impericia inicial para mantener el equilibrio sobre aquella menguada superficie y el viento que soplaba a rachas del norte hicieron que diera con mis huesos en el suelo media docena de veces antes de conseguir cierto virtuosismo en el alambre. Entonces Julián Valdivieso se ahuecó la gabardina con un gesto de versado gavilán, plegó las alas, me ofreció un cigarrillo y enseguida comprendí que no estaba delante de un tipo cualquiera, sino ante un experto equilibrista que había conseguido crear un hospitalario hogar en aquel minúsculo limbo a merced de la naturaleza. Hizo las veces de generoso anfitrión y me ofreció también un refresco frío de cola. Con las manos ocupadas en la lata, la conversación inaugural se me hizo menos correosa. Y así, al constatar mi confusión, Julián Valdivieso me fue explicando con abierto orgullo de huésped experimentado, que todo era una simple cuestión de racionalizar el espacio, evitar los lujos superfluos a los que la gente se había atado y regresar a los pequeños placeres de la vida doméstica. Con un poco de pericia, añadió extendiendo las alas, el tendido telefónico podía ser un lugar excelente para descansar un rato. No obstante, me aseguró a continuación, su verdadero hogar estaba algo más alejado de la civilización, volando en paralelo a la Nacional I, donde la sierra se desmochaba de árboles, en un saliente con orientación sur que había

usurpado a una familia de azores en peregrinación. Aunque, claro, en verano se mudaba a un coqueto nido que había alquilado en los hayedos de la sierra de Cazorla, donde la caza era más propicia, la vecindad menos ruidosa y las temperaturas suaves. Por la noche, se asomaba al borde de su cenáculo y, a la luz difusa de las estrellas que parecían levitar en el aire como lunas, se distraía contemplando el baile de las hojas lacias de la *Fagus Sylvatica*, y el *Quercus pubescens* mientras los murciélagos practicaban su danza de misiles. Acunado por la soledad de los pájaros, se sentía feliz. Después, ignorándome por completo, comenzó a atusarse sus grandes alas de alcatraz.

En aquella amistad provisional del primer día, a golpe de cigarrillo fui completando la ornitológica imagen de Julián Valdivieso. Rondaría los cuarenta años. Su rostro pálido como una cebolla, prematuramente envejecido, la frente agostada y sus ojos negros de picaza me decían que estaba en presencia de un hombre triste; tal vez un ejemplar de una nueva especie en franca expansión por el mundo; también fui descubriendo que había sido técnico informático en una gran empresa, que había estado casado y que tenía dos niñas en algún lugar de Madrid. Frente a la luciérnaga de su cigarrillo, adiviné la fotografía de dos caritas con ojos chispeantes y pelo rubio ensortijado que sonreían a la cámara, y a su lado una mujer joven de mirada serena. Parecía una familia

feliz. Tras unos segundos de tenso silencio, Valdivieso dejó escapar un suspiro de fuelle y el diálogo derivó hacia otras cuestiones más banales del mundo exterior como, qué partido estaba ahora en el gobierno o si el Real Madrid había ganado la liga. Poco pude aclararle en este sentido salvo que las cosas *ahí abajo*, señalé hacia el suelo, seguían igual que siempre. Y el Madrid..., bueno, a quién le importaba.

En un momento de la conversación, Valdivieso me pidió disculpas, extendió las alas en toda su magnitud, tensó el pecho en una postura chulesca de torero y emitió una especie de graznido desafinado mientras oscilaba la cabeza con movimientos crípticos. Tuve que agotar mis últimas reservas de equilibrio para mantenerme con cierta dignidad sobre el alambre. Segundos después, de la lejanía llegó una respuesta en un tono más agudo que, por el gesto rijoso que Valdivieso dejó escapar, al instante identifiqué como la respuesta femenina a su reclamo. Lo que me confirmó que estaba ante la presencia de todo un sobreviviente de lo aéreo. Valdivieso se había acostumbrado a aquella vida de equilibrios anónimos en una época pasada de su vida, tal vez ya farragosa y deshilachada como la cortina de un prostíbulo, a la que parecía haberle cogido la gracia, como si en el fondo gozara de un sentido del humor macabro y todo se resumiera en un ensayo general para el equilibrio final del ataúd.

A cinco metros de altura el mundo, ciertamente, resulta distinto. Yo conocía la historia del pretencioso Ícaro, que huyó del laberinto del minotauro con una alas prefabricadas de plumón y cera, y su desastroso final; también había leído el relato de aquel escritor caribeño que contaba la leyenda de un hombre muy viejo con alas, aparecido en un gallinero después del diluvio, de donde el incrédulo propietario lo sacó a escobazos. O la del loco llamado Chinasky que afirmaba que con sólo pronunciar la palabra SOLZIMER, podías salir volando. Pero reconozco que estar allí, acuclillado sobre un alambre como un gorrión en retirada en un principio me resultó tan absurdo como la historia del famoso artista del trapecio. No fue hasta un rato después cuando comencé a adaptarme a aquella postura dócil, a merced del viento, mientras mi cuerpo oscilaba el centro de gravedad casi sin darme cuenta. Los primeros síntomas de la verdadera transformación llegaron, sin embargo, poco más tarde como un apretón intestinal. Valdivieso había escondido su cabeza bajo el sobaco y parecía dormitar plácidamente levitando sobre su pierna derecha. Al comienzo sólo fue una molesta punzada en la espalda que achaqué a la postura de contorsionista, pero después se hizo patente que algo realmente raro estaba sucediendo cuando mi camisa fue incapaz de impedir la inesperada aparición de dos rotundas alas grises, de casi un metro de envergadura, aspecto aerodinámico y plumón todavía húmedo.

A partir de aquel día las cosas ya no fueron lo mismo para mí. Nunca imaginé que pudiera existir una raza de hombres con alas, alas de cóndor, alas de paloma, alas de buitre, alas de lechuza como las mías: ideales para el ataque nocturno, alas de alimoche, alas para la delación, para los malos augurios, incluso inútiles alas de gallina... ¿Acaso había llevado toda mi vida en mi interior a un ser solitario y taciturno, y nunca me había dado cuenta? ¿Sería esto a lo que se refería Carmen cuando decía que siempre estaba en las nubes, que tenía la mente llena de pájaros y que era un cabeza de chorlito? ¿Acaso tenía razón al decir que me dirigía por la vida como una paloma atolondrada y que en el fondo siempre fui un gallina? ¿Toda mi existencia podía resumirse en el gesto apocado de una vulgar lechuza? Supongo que el primer síntoma es darse cuenta de que uno ha cruzado la línea y ve las cosas desde el otro lado. Mis alas, nacidas como en un parto cinematográfico, me habían dejado tan desvalido como quien averigua una mañana que ese ser que duerme en tu cama, en realidad, es un completo desconocido. Yo lo había descubierto.

No obstante, pronto averigüé por el propio Julián Valdivieso, que no era el único inquilino de aquellas alturas provisionales. En la azotea del edificio de Correos vivían desde hacía varias semanas los seis miembros de una familia de inmigrantes rumanos de piel cetrina que se ganaban la vida en la calle Recoletos fingiendo

monstruosas malformaciones a los viandantes y que por la noche, en castrense orden de retreta, regresaban felices con el preciado botín de la piedad ajena para ocupar las angosturas de su cubil provisional; Sobre la torre de RTVE habitaba una joven estudiante de Biología, Verónica Carro, cimbreante y sensual como una gruya, a la que Valdivieso había invitado varias veces a pasar la tarde tomando café en su nido de Cazorla. En la cubierta del Santiago Bernabeu, un melencólico batería de un grupo de *heavy-metal* que respondía por Ángel Arregui y volaba como un estornino, le suministraba algo de hierba cuando la nostalgia le suplicaba un reposo. O en las torres KIO, que estaban ocupadas desde hacía varios años por el séquito de un viejo de costumbres hurañas y porte de gárgola románica que decía ser descendiente de un monarca europeo —el marqués del Guano, le apodaba Valdivieso— y que sólo esperaba el momento de recuperar lo que le pertenecía por ley y salir a la luz. La lista de tan curiosa caterva de inquilinos continuaba hasta hacerse abrumadora.

No creo en la amistad trabada a ciertas edades, porque uno corre el serio peligro de confundirla con ese agradecimiento servil de quien se siente deudor, o con la torva sumisión del empleado, pero he de reconocer que desde un principio sentí por mi anfitrión un suave cosquilleo en el estómago similar al afecto que se debe de cocer entre camaradas del frente, el mismo escozor en la

mirada del emigrante que tropieza con un compatriota al otro lado del mundo. Como un entusiasta cicerone, Julián Valdivieso me fue guiando a través de los laberintos de aquel otro mundo aéreo de gentes al que me alisté como un prófugo de la vida visible y laboriosa que había llevado hasta ese día. Así conocí a los miembros de una clase especial de desheredados itinerantes, algunos novatos y torpes, diletantes del vuelo libre sin verdadera vocación, que intentaban alocadamente tomar las corrientes térmicas; otros, veteranos del puente aéreo, que en apenas tres movimientos alzaban el vuelo y se alejaban alegremente como un coleóptero en verano; y que poblaban no sólo las alturas de Madrid, sino también las cumbres mejor situadas de la sierra, o las cotizadas torres de telefonía móvil del centro y el paseo del Prado. En una de estas excursiones guiadas coincidí en la cornisa del BBVA con Eduardo Tejedor, compañero de la universidad que, algo turbado por mi inesperada aparición, no pudo evitar sonrojarse y terminó lanzándose en picado como un halcón alegando un recado urgente. Y en la cubierta de la catedral de la Almudena nos dimos de bruces con la mismísima Penélope Cala, la *top model* de los años ochenta que había protagonizado un desnudo en la portada de *Interviú* y que ahora se dedicaba a frecuentar desesperadamente los saraos de moda tratando de conseguir algún trabajillo que la resucitara al mundo. Julián Valdivieso y yo vimos cómo su cuerpo de zancuda no había perdido nada de su

original frescura atlética, cuando extendió sus alas de garza real trazando un bello escorzo de gimnasta en medio de la cúpula como surgida de la nada. Fue hermosa su breve coreografía de princesa que nos devolvió a un pasado de curvas turbadoras. Luego, Penélope plegó las alas, se alisó el vestido y salió taconeando cautivadora hacia la calle como si tal cosa, seguida por nuestros ojos de acólitos rendidos.

Clausuré mi anterior vida esa misma noche cuando Julián Valdivieso, con un gesto de franca hospitalidad, reverencia incluida, me cedió temporalmente su acogedor nido de la estación del Norte, mientras yo buscaba otra más acorde con mis gustos. Ni que decir tiene que dormí de un tirón hasta el día siguiente.

No fue tarea fácil encontrar un nuevo hogar para mí porque las mejores atalayas ya estaban ocupadas de manera permanente. Otras carecían de las mínimas condiciones higiénicas o presentaban desperfectos evidentes como la ausencia de techumbre o sospechosas goteras. Algunos nidos albergaban a incómodos vecinos y soportaban el trajinar propio de un lupanar, de donde los fugaces clientes salían a veces de madrugada con los zapatos en la mano, el pelo ensortijado o medio desnudos, no sin antes lanzar miradas preventivas hacia el exterior como si regresaran de perpetrar un crimen. En otros se organizaban farragosas timbas de poker en las que, a la luz de media docena de cigarrillos, parecía

imposible conseguir el mínimo de intimidad requerida para no mostrar a los demás la jugada. En otras, sin embargo, se podía adquirir farlopa discretamente a buen precio. Todo resultaba novedoso y a todo ello, he de confesar sin rubor, pronto me acostumbré. El hombre es un animal de costumbres, algunas ciertamente impensables.

Logré un nido acogedor cerca de los Nuevos Ministerios, a pocas calles del de Julián Valdivieso. No era lo mismo, claro está —las vistas daban a un patio interior—, pero yo siempre fui una persona que no necesitó excesivos lujos. Me instalé de inmediato.

Pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, sesteando o vigilando a la gente que pasaba allá abajo con sus apresuradas vidas. Todo un mundo ante mis ojos, pensaba divertido. A veces, Julián Valdivieso venía a visitarme a primera hora de la mañana. Como un inexperto atracador de pueblo me despertaba golpeándome suavemente con su ala y luego me mostraba su pequeño botín de objetos encontrados en los tejados, en los parques, bajo los bancos tísicos de la Castellana que a mí se me antojaban similares a los que debían de gastar los celadores del Purgatorio. Valdivieso depositaba sobre el suelo metálico de mi lecho aquellos relojes huérfanos de muñecas, las gafas que no volverían a descansar sobre la mesita de noche, junto al despertador y los tranquilizantes, las monedas, los bolígrafos

mordisqueados, alguna carta sin sello que ya nunca cumpliría su misión redentora; y, entonces, durante unos breves minutos, los observaba con una mirada blanda de arqueólogo, como si de un momento a otro fuera a exclamar: “Ahora sí, ahora encaja todo.”

Luego nos íbamos a recorrer los cielos como quien sale de cacería.

En otras ocasiones, me perdía en solitario por las azoteas en busca de nuevas caras a las que dar la bienvenida. Era muy fácil reconocer sus rasgos de fugitivos. En todas ellas podía descifrar el mismo fragor huérfano de quien huye, la mirada vidriosa del desconsolado o el paria, y entonces llegaba a la conclusión de que la mejor manera de huir de un lugar no era poner tierra de por medio como un delincuente, sino permanecer quieto y darle la espalda al mundo.

Regresaba a mi calabozo provisional como un furtivo, cuando la noche se derramaba sobre Madrid como una espesa sopa de brea. Agotado, me moldeaba de nuevo en la soledad angosta de mi nido con los brazos bajo la nuca y mis breves alas de lechuza recogidas, mirando la cercana superficie del cielo bajo el que todo parecía inmutable, y repasaba los algoritmos de mi existencia como si se tratara de una reválida insalvable donde en algún lugar un fusible debió de doblarse. Pensaba en Dios, si acaso en sus planes omniscientes todos habíamos nacido —incluso un desgraciado como yo—, con un plan determinado bajo el brazo, un destino

brillante que culminar con decoro en el mundo o si, por el contrario, nos había arrojado a este planeta a fastidiarnos unos a otros como si, en el fondo, todo formara parte de una broma, una gran broma macabra a la que sólo Él encontraba la gracia. Entonces me ponía a pensar y la realidad de los vuelos se me revelaba en toda su magnitud, con sus propias leyes universales, sus trayectorias orbitales, sus Julián Valdivieso y sus mareas, como un cosmos paralelo al de los hombres, sin traiciones, sin embustes. Uno era la medida de sus alas y en ese nuevo orden imperaba la lealtad. Así, me atacaba el sueño, un sueño metálico al que no podía sustraerme en mi pequeña atalaya individual como una muerte fingida, de la que a la mañana siguiente renacía con nuevas ansias. Así pasaban los días, y pasaron las semanas. La extraña sensación de haber vivido en el pasado algo similar, sin embargo, comenzaba a atormentarme.

Fue en uno de esos despertares matinales, a finales de abril, que al desperezarme sobre mi humilde hogar, creyendo que se trataba de Valdivieso, orgulloso como un pirata con los restos de su último pillaje, vi el rostro enmarcado de Carmen, mi mujer, a la que hacía meses que no veía, y detrás a mi hija Nuria sollozando.

Supongo que al principio mi aspecto de alimaña despeinada, la barba de naufrago emborronando mi rostro y mis párpados estirados para concretar las formas,

la convencieron de que se encontraba ante otra persona y que los insidiosos rumores que había escuchado por el barrio eran falsos. Dejó escapar un suspiro de alivio, pero en aquellos rasgos que parecían desdibujarse, pálidos como la piel de un ahogado, algo debió de llamarla la atención. Quizás fue mi prominente nariz, quizás el brillo de pozo sin fondo que mis ojos siempre han tenido y que me confieren la apariencia de un ser melancólico, no sé. Algo en mi estampa de almaña sitiada le hizo ahogar un grito de espanto cuando me reconoció.

—Hola —dije por decir.

—Tu amigo me advirtió que estabas aquí —dijo lentamente cuando se recobró de la impresión.

—¿Qué quieres?

A su lado, un bombero trataba de prestarnos algo de intimidad, removiéndose nervioso en la celdilla que colgaba de la escala. Abajo, el mundo parecía mirarnos desde la acera.

—Carlos, tu hija te necesita.

—Lo sé.

—Deberías verla más a menudo. Eres su padre.

—Dime cuándo quieres que vaya a verla y lo haré —dije—. No quiero problemas con el juez.

Carmen tomó aire y bajó la cabeza como si confesara una culpa:

—Yo también te necesito, Carlos —dijo en un sollozo—. Las dos te necesitamos. Estoy dispuesta a intentarlo de nuevo.

La M-40 se disponía a afrontar con resignación el puente del 1 de mayo y los carriles de salida, atestados de coches repletos de equipajes auguraban una jornada caótica. Sería un buen día para Valdivieso. La gente pasaba apresuradamente, familias enteras pergeñadas para soportar las largas esperas, desesperándose; jóvenes parejitas, grupos de ruidosos estudiantes.

—¿Me has oído, Carlos?

Lentamente, primero los brazos, luego el tronco, por último las alas, emergí de mi guarida como un reptil despertado antes de tiempo. Los bomberos habían elevado la escalera hasta el máximo de su longitud. Abajo, en la calle, la gente se acercaba al reclamo de las sirenas y el cordón policial. La luz me resultó dolorosamente blanca. Me estiré hasta alcanzar mi altura normal mientras escuchaba en mi interior el concierto pétreo de las articulaciones regresando a su posición natural. Batí mis alas para desentumecerlas mientras Carmen y la pequeña Nuria me miraban con ese gesto que la gente dedica siempre a los dementes. Ellas no podían comprenderlo, así que abjuré.

Carmen logró convencerme para que abandonara mi locura de surcar los aires de forma anárquica e intentó

que regresara con ella y la niña a la casita de Torrelodones, que renaciera al mundo de los seres realmente útiles.

Renuncié a la plácida amistad que me había conferido Julián Valdivieso, y sus nidos de la Casa de Campo y comencé una nueva vida aquí, lejos de todo. Lo que más me avergüenza es que ni siquiera me despedí de él. Mi vida ahora no contiene la intensidad de rostros que frecuenté entonces pero no puedo quejarme. Tampoco logro evitar pensar que el hombre, ciertamente es un animal de costumbres sorprendentes. Puedo constatarlo cada tarde cuando vuelvo cansando a mi hogar. A veces, sólo por recordar los buenos tiempos, enciendo un cigarrillo mientras pienso en Julián Valdivieso y su red de atalayas perfectamente acondicionadas para subsistir de espaldas al planeta. Qué será de la trup rumana; de los contoneos tentadores de Natalia Salgado; cómo irán las gestiones cortesanas del marques del Guano...

Sólo han pasado unos meses y, sin embargo, se me hace todo tan lejano como las mansas telas de una duermevela. Afortunadamente aquellos acontecimientos pertenecen a un pasado difuso que Carmen prefiere rememorar con la nostalgia desvaída de un prisionero de guerra.

Además, las alturas de las cornisas no estaban hechas para un tipo como yo. Es lo que me repite cada noche antes de acostarnos.

El cóctel farmacológico que me recetó el doctor Sagasta obró su efecto transformador en escasas semanas. Al principio sólo noté un leve deslucimiento de las plumas remeras primarias, seguido de un prematuro otoño de las remeras escapulantes que me daban el aspecto anoréxico de un flamenco en cautividad. Podía comprobarlo cada mañana cuando salía de la ducha para embutirme en mi albornoz y el sumidero quedaba cegado por un sucio plumón como las algas de un naufragio. Había en aquella imagen matutina algo de perdiz escabechada, algo de arcángel ensopado que no auguraba nada prometedor. A los pocos días se confirmaron mis peores temores: las remeras secundarias dejaron a la vista mi piel rosada en un inexorable proceso de desplume que iba acompañado de la mirada serenamente agradecida de Carmen.

Supe entonces con una intuición de alcatraz, la verdadera realidad de lo que en aquellos días los noticiarios querían decir al hablar de la enfermedad que afectaba a las aves silvestres, el mal que podía contagiarse a los humanos, tozudo e imprevisible como una revolución caribeña. Una peste con nombre de asteroide recién descubierto; uno de esos pedruscos para los que no existe un nombre de diosa griega y terminan reducidos a una fría signatura matemática, y que, según decían todos, procedía de Asia, de algún lugar remoto y sin ubicación concreta en el mapa pero que requería soluciones de extrema severidad. Sentado ante el televisor, contemplé

absorto las medidas policiales que el gobierno había establecido para atajar aquel desmán que amenazaba con provocar una hecatombe. Pude ver las imágenes de los noticiarios donde se repetían las redadas, las detenciones policiales seguidas de la parafernalia médica, las ejecuciones sumarias y la danza del fuego devorando los cadáveres de aquellos desgraciados alados mientras los gobernantes llamaban a la calma. Y pude comprobar el pánico descontrolado que se extendía a mí alrededor como un falso rumor. Aquel invento de despacho con el que se pretendía evitar que a la gente le brotaran alas en las corvas, ciertamente, había logrado su propósito.

En los días siguientes sentí que mis alas perdían fuerza igual que un boxeador sonado, y en aquel metódico cercenamiento pude comprobar también la progresiva torpeza con la que se manifestaban hasta que una mañana, al salir de la ducha, no tuve necesidad de mirarme en el espejo para certificar que aquellas alas rumbosas con las que había surcado los cielos de Madrid, yacían sobre la bañera en una postura dislocada de alcatraz embreado. Ni siquiera me dolió su caída, simplemente se desprendieron mansamente como si les hubiese llegado la hora y hubieran decidido abandonarme con la instruida discreción de un chambelán. Me quedé un instante mirándolas como quien contempla un cadáver hallado en el maletero. Carmen entró en ese momento con una bolsa de plástico, las cazó con dos dedos mientras les dedicaba un severo gesto de

repugnancia y luego desaparecieron para siempre en el contenedor de basura.

De aquella época guardo un recorte de periódico de cuando los bomberos me desalojaron de mi nido en la Castellana y dos llamativas cicatrices en la espalda, a modo de cuchilladas simétricas que Carmen se empeña en recubrir con una crema regeneradora de última generación. Yo compruebo que es feliz así y me dejo hacer.

Pero quiero también con esta confesión que conozcan toda la verdad de lo sucedido, que entiendan que no pretendí ser un tipo particularmente cruel o excéntrico, que nunca me consideré estúpidamente original aunque leyera a escondidas a los filósofos latinos. Y que he tratado de recuperar mi maltrecha dignidad a golpe de andamio.

Y si no, vean hoy mismo con qué solícita mansedumbre acudo a la oficina con mi cartera bajo el brazo y sobrellevo las risitas insidiosas de mis compañeros, sus crueles chacotas en los pasillos, las pintadas en el cuarto de baño, o las miradas socarronas del jefe al pasar junto a mí. Con qué pacífica determinación veo la televisión los fines de semana, mientras soporto estoicamente las burlas de mi hija y sus amigos de la escuela; cómo huyo de los callejones estrechos para ir a dar de comer a las palomas del parque.

Valoren, se lo ruego, con qué asquerosa resignación de asceta he renunciado ante mis amigos a asomarme a los balcones, cómo huyo de los espacios abiertos; la sonrisa inofensiva y bobalicona con la que atisbo las angosturas de este ordenado mundo, mientras me demoro cada tarde en el garaje construyendo para Carmen estas graciosas jaulas de madera. Comprueben su excelente calidad y el fino acabado de palisandro; y juzguen por sí mismos, con qué afán de orfebre dispongo minuciosamente los barrotes sobre el banco de trabajo y les doy forma de inexpugnable empalizada.

Ahora todo es diferente.

Obviamente, las alturas no estaban hechas para un tipo pusilánime como yo. Fue una locura de juventud. Es lo que me digo cada noche antes de dormirme. Cuando finalmente Carmen cierra los ojos reconfortada, vagamente feliz y yo salgo del dormitorio para ir a fumar un último cigarrillo al porche de nuestro bonito adosado de la sierra. Aquí el aire siempre es fresco y la luz de los días ordenados se desinfla sin un propósito concreto. Ya no pienso nada porque todo parece a la expectativa; todo es previsible, todo normal. Y esta noche los murciélagos, ciertamente, practican su danza de misiles.

Oscar Alonso nace en Bilbao (1967), es licenciado en Filología Hispánica. Ha colaborado con distintos periódicos, y publicado en revistas como *Nuevas Tertulias*, *Diálogos* o *AuxMagazine*. Actualmente escribe para el suplemento cultural *Pérgola*.

Ha obtenido numerosos galardones literarios como el Premio Internacional Tiflos (2002), Ateneo de La Laguna (2004), Villa de Rentarías (2005), Gabriel Aresti (2006), Iparraguirre (2006). Y ha quedado finalista en certámenes como el Premio Ciudad de Marbella (2004 y 2006), Ateneo de Sevilla (2004), o Premio Max Aub (2007). Ha publicado los libros de relatos *Disculpen el percance* (2003, Premio Tiflos), *El coleccionista de cabezas reducidas* (2003), *Ejecutar a Schubert* (2005, Premio Ateneo de La Laguna y finalista del Premio Setenil al mejor libro de cuentos publicado en España en el año 2005), *Encuentro en María Duplás* (2007, Premio Gabriel Aresti), *Los nombres de Castleman* (2007, Finalista del Premio Max Aub). También es autor de la novela *Esteparios* (2007).